

Capítulo 2

Cambios en las dinámicas y estrategias locales de la agricultura campesina indígena

Introducción

Como hemos analizado detalladamente en el capítulo anterior, en Bolivia, en los últimos años, pero particularmente durante la última década han ocurrido importantes transformaciones en la agricultura familiar de base campesina. Por un lado, todavía subsisten numerosos agricultores dedicados a producir variados pero insuficientes alimentos para su consumo, son los más pobres, habitan las regiones más alejadas y emigran temporalmente para desempeñar actividades no agrícolas que complementen sus magros ingresos. Son agricultores a medio tiempo. Por otro lado –aunque todavía son la minoría– cada vez más agricultores familiares se están especializando, dejando atrás su tradicional característica de campesinos de subsistencia y se están convirtiendo en pequeños productores de mercancías – alimentos. Algunos, los productores más consolidados, producen *commodities* para exportación y se articulan con el agronegocio planetario (Fundación TIERRA 2013).

El campesinado que décadas atrás era una clase social homogénea, unida y movilizada por la reivindicación histórica de recuperar sus tierras y autogobierno local, hoy está sobrellevando importantes transformaciones en el plano económico aunque dentro de los márgenes limitados y determinados por el peculiar y atrasado capitalismo extractivista. La gran mayoría de los campesinos de altiplano, valles y llanos tienen una propiedad privada consolidada sobre sus parcelas muchas veces en el marco de la propiedad colectiva de sus comunidades, pero las decisiones económicas y de uso del suelo (producción de alimentos) no son comunitarias, sino familiares.

Antes el sindicato o el *ayllu* era la institución de representación y organización política y socioeconómica central, pero ahora las decisiones colectivas sobre qué y cómo producir están siendo desplazadas por iniciativas más bien de tipo individual o grupal (pequeñas asociaciones o cooperativas, emprendimientos de familias extendidas). Esto ocurre simultáneamente a un lento nucleamiento poblacional en pueblos o ciudades intermedias donde es posible acceder a algunos servicios (salud, educación, transporte) y desempeñar algunas actividades extraprediales (no agropecuarias) que generan ingresos monetarios adicionales (comercio, talleres artesanales, pequeñas pensiones o restaurantes, choferes). La “multiresidencia” y la “pluriactividad” son una característica generalizada de la población rural. Solo los productores de *commodities* o de cultivos especializados rentables, son agricultores a tiempo completo. El resto, la mayoría de los campesinos, son agricultores a medio tiempo y muchos de ellos viven atrapados en la pobreza (Ibíd.).

Estas diferencias entre campesinos han surgido como efecto de la generalizada expansión de las relaciones mercantiles en casi todo el territorio nacional, pero provocando cambios en distintos grados según los contextos geográficos, ambientales y espaciales de cada territorio específico, su potencial productivo, su cercanía o lejanía con los mercados, su acceso o no a sistemas de riego, la productividad de los suelos y las características del clima. Así el impacto llega a todos los rincones pero no afecta de igual manera a todos. Por eso es que ahora en Bolivia no se puede hablar del campesinado como un sector homogéneo.

En base a información primaria de cinco estudios de caso¹, observación e información secundaria, en esta sección se analiza los distintos tipos de producción campesina y comportamientos económicos

1 Los años 2012 y 2013 la Fundación TIERRA estudió los comportamientos de diversos tipos de unidades de producción agropecuaria en cinco municipios ubicados en altiplano, valles, llanos y yungas. El estudio no pretendía ninguna representatividad estadística, aunque sí observar tendencias en los comportamientos de las unidades familiares en relación a sus hábitos de consumo de alimentos, el origen de los mismos y sus relaciones con el mercado.

de cada grupo de pequeños productores rurales agropecuarios. Es decir, se busca descomponer lo que todavía se conoce como agricultura familiar de base campesina. Se resaltan las racionalidades y potencialidades cambiantes de los distintos tipos de productores familiares en las últimas décadas, en función de su mayor o menor inserción en las relaciones mercantiles, determinadas por su dotación de factores productivos especialmente tierra y agua, la distancia a los mercados y centros de consumo, pero especialmente por el nivel de precios que rige en cada situación y contexto. En este capítulo se debate sobre los contenidos conceptuales y los efectos materiales de los procesos de descampesinización y mercantilización (Bernstein 2010)², dominantes en el área rural de Bolivia en las últimas décadas, en un contexto de creciente hegemonía del agronegocio en las regiones de tierras bajas del oriente, que –junto a otros factores– ha inhibido las capacidades y potencialidades de producción de alimentos de las economías campesinas.

A pesar de la puesta en marcha de algunas políticas públicas de desarrollo rural y de seguridad jurídica en el acceso a la tierra, los campesinos y agricultores familiares están siendo desplazados del escenario como los principales productores de alimentos, algo que ocurría hasta mediados de los años 80 del siglo pasado³. Se discute sobre los conceptos de campesino (clase), indígena (etnia), agricultura familiar (escala productiva), y seguridad y soberanía alimentaria en tiempos de cambio en el agro boliviano. Son épocas en que miles de campesinos abandonan el campo pero sin la certeza de engrosar las filas de la clase obrera o del proletariado. Los migran-

-
- 2 Henry Bernstein es conocido por sus aportes desde el marxismo al estudio de los complejos procesos de descampesinización de grandes mayorías rurales en todo el mundo, como efecto de los acelerados procesos de mercantilización de las economías campesinas, dentro de los marcos del capitalismo globalizado.
 - 3 El DS 21060 (de estabilización monetaria) promulgado el año 1985, entre otras cosas, dispuso la libre importación de alimentos. Desde entonces la economía boliviana es una de las más ‘abiertas’ de la región y la internación de alimentos desde casi todos los países vecinos (vía importaciones y contrabando), compete con la producción interna. Al mismo tiempo, los índices de rendimientos y de productividad agrícola de Bolivia continúan siendo los más bajos de América Latina.

tes constituyen la base de un vasto y difuso sector informal de autoempleados urbano-rurales en condiciones muy precarias e inciertas.

En la última década (2006–2014), los extraordinarios ingresos públicos por las exportaciones del gas –que multiplicaron por tres las rentas nacionales– habrían conducido a una distribución ‘consumista’ y no verdaderamente productiva de esos recursos, desalentando así la actividad agropecuaria de las familias rurales. En el mismo periodo de tiempo, en un contexto de extraordinarios ingresos fiscales, transferencias sociales al área rural, y debido al aumento notable de la capacidad de gasto de las familias de todo el país, se han producido fuertes presiones inflacionarias especialmente en la canasta básica de alimentos. Estas presiones han logrado ser frenadas a costa de crecientes importaciones de alimentos, que compiten ventajosamente en precios y calidad y desplazan la producción nacional.

Así, paradójicamente, el significativo aumento de dinero circulando en el país incluida el área rural –comparativamente con décadas anteriores– estaría conduciendo a un efecto no deseado pero no por ello menos real: el debilitamiento del aporte de la agricultura campesina a la seguridad alimentaria, contrariamente a lo buscado por las políticas públicas que la promueven. En efecto, en el campo ha aumentado el nivel de consumo de alimentos (y otros bienes y servicios) pero no ha crecido en la misma proporción la producción de alimentos (Fundación TIERRA 2013). Dadas las múltiples necesidades insatisfechas de las poblaciones rurales, muchos campesinos pobres habrían priorizado aumentos en su consumo inmediato (propensión al consumo de los pobres) mediante la compra de alimentos (y otros bienes), antes que mayores inversiones productivas agropecuarias en sus predios.

1. Principales rasgos y transformaciones en la agricultura de base campesina

Son varios los estudios, antiguos y recientes, que revelan el creciente protagonismo político de los pueblos indígenas en la construcción

de un nuevo imaginario social de la Bolivia plurinacional, especialmente en el plano simbólico, al extremo de que ahora se habla de su manipulación política y fetichización. Aunque con diferentes aproximaciones y desde distintas trincheras políticas, varios autores (Ayo 2014, Cortez 2014, Mansilla 2014, Rivera 2014, Spedding 2011) coinciden en señalar que en la última década desde el gobierno se ha construido un discurso que usa las identidades y reivindicaciones de los indígenas para legitimar políticas públicas y acciones estatales que en muchos casos son contrarias a las reivindicaciones de autogobierno de esos pueblos plasmadas en la CPE (2009). Sin embargo, son pocos los trabajos de investigación que en Bolivia han puesto énfasis en el conocimiento más o menos actualizado sobre las transformaciones económicas que están ocurriendo entre los actores de la agricultura boliviana de base campesina (Ormachea 2009, Pérez 2008, Prudencio 2009 y 2013). Esto es así en parte porque uno de los impedimentos para abordar el análisis de los cambios recientes es la falta de estadísticas confiables no solo del sector agrario, sino en general del conjunto de las variables económicas nacionales. La información del Censo Nacional Agropecuario (CNA) del año 1984 sigue siendo la única disponible. Recientemente, el Instituto Nacional de Estadística (INE) realizó el Censo Nacional Agropecuario 2013 pero a más de un año de su realización, no ha concluido el procesamiento y entrega de datos finales. Estas limitaciones complican la tarea de construir asertos más o menos claros sobre las dinámicas económicas de las familias del campo, por ejemplo, para verificar en qué grado la actividad agropecuaria de base campesina está estancada o declina desde hace varios años, como hemos analizado en el capítulo anterior⁴.

4 Varias consideraciones incluidas en este capítulo deben ser entendidas como conclusiones preliminares que aún requieren estudios de mayor alcance. Se trata de una mirada crítica y reflexiva que pretende poner en debate nuestras propias visiones idílicas respecto del rol histórico de los campesinos en la producción de alimentos para el conjunto de la sociedad en Bolivia. Así como se puede hablar de una comunidad imaginada, también se puede hablar de la construcción teórica del campesinado como la clase social y el tipo de agricultor que –después de la Reforma Agraria de 1953– garantizaría la producción de alimentos para la sociedad, negando la creciente hegemonía de la agricultura empresarial de escala del oriente, que –basada en las exportaciones– ha logrado, en apenas tres décadas y en un contexto neoliberal acompañado de diversos subsidios ampliamente favorables,

A pesar de estas limitaciones, a partir de la revisión de estudios parciales sobre los cambios ocurridos en los últimos treinta años, es posible señalar que la ruralidad agropecuaria de Bolivia estaría caracterizada por los siguientes factores:

1.1 Cambios en los patrones de consumo de alimentos

Posiblemente la constatación más importante es que estamos presenciando una creciente homogenización de la dieta alimenticia rural a base de alimentos comprados de la agroindustria en casi todas las latitudes y tipos de agricultores familiares, ya sean campesinos, colonizadores o indígenas –de altiplano, valles o llanos amazónicos– todos ellos compran muchos de los alimentos (no los producen) que consumen cotidianamente, que además, provienen mayormente de la agroindustria del oriente que durante la última década habría conquistado los mercados nacionales, incluidos los rurales⁵.

cubrir la mayor parte de las necesidades de alimentación de la población. Esto no quiere decir que la agricultura familiar no tenga un enorme potencial para generar empleo, alimentos y sobre todo de hacerlo dentro de un modelo mucho más amigable ambiental y socialmente, sino que durante décadas se han aplicado políticas públicas anticampesinas que han acabado privilegiando el fortalecimiento del modelo empresarial de gran escala, para decirlo de alguna manera. Sin embargo, luego de casi un decenio de gestión gubernamental declaradamente pro indígena y pro campesino (2006–2014), las renovadas políticas públicas de desarrollo rural todavía no han tenido el efecto deseado de revertir esa tendencia, el campesinado ha continuado debilitándose como clase social y el aporte de los agricultores familiares tampoco ha aumentado significativamente. Al contrario, dentro de un contexto de creciente globalización y bajo la directa influencia de la expansión del agronegocio brasileiro, la agropecuaria boliviana del oriente basada en la empresa a gran escala ha continuado creciendo y ha desplazado a la agricultura familiar de base campesina de su rol imaginado de principal proveedor de alimentos. No se trata de volver a antiguos debates ideológicos sobre el rol histórico de los campesinos, sino principalmente, de tener la capacidad de leer la realidad como es, antes que interpretarla como quisiéramos que sea. Nuestra tarea es analizar por qué ocurre este estancamiento productivo de base campesina y entender las consecuencias. A partir de ello, nos corresponde también estudiar con mayor profundidad y detenimiento los verdaderos alcances y potencialidades de esa agricultura campesina.

5 Colque (2014, 14, 23) afirma que “el papel de la pequeña agricultura para la seguridad y soberanía alimentaria se está reconfigurando y de forma

Al mismo tiempo se expanden rápidamente los supermercados en las ciudades, que sin embargo no logran aún desplazar los tradicionales mercados o tambos de alimentos de origen campesino. A pesar de ello, en estos tambos y mercados tradicionales la agroindustria he encontrado la manera de colocar sus productos (arroz, fideo, harinas, aceites, refrescos, azúcar, pollos) lo cual influye en cambios recientes en la dieta rural⁶.

De esta manera Bolivia no sería más la excepción en la región latinoamericana en el sentido de que fuera un país en el que se mantienen, perviven o subsisten formas de organización socioeconómica y de consumo de alimentos propios de comunidades y sociedades tradicionales precolombinas basadas en el Vivir Bien⁷. A la luz del

visible debido a las recientes y rápidas transformaciones agrarias orientadas a la consolidación de un modelo de agricultura comercial a gran escala que principalmente produce materia prima de exportación y secundariamente alimentos para el mercado nacional"...“ante esta realidad nacional, es problemático sostener que los pequeños propietarios –objeto de nuestro estudio– cumplen una función social preponderante en calidad de productores de alimentos para su propia seguridad alimentaria y menos aún para la seguridad alimentaria nacional”.

- 6 Según información recolectada del sector agro empresarial, pese al rápido crecimiento en la facturación de los supermercados durante la última década, Bolivia continúa siendo el país con menos proporción de oferta alimenticia proveniente de supermercados en relación con el consumo total de alimentos. Mientras en países vecinos como Perú, Ecuador o Colombia la proporción del mercado de alimentos que se comercializa por esa vía bordearía entre el 60 y 70 por ciento, en Bolivia esa cifra no llegaría al 15 por ciento. Es decir que en nuestro país un 85 por ciento de los alimentos consumidos se comercializan todavía de manera habitual en mercados tradicionales. Del total de alimentos que comercializan los supermercados, aquellos que provienen de la agricultura familiar no llegarían ni al 3 por ciento, y se concentran en frutas, verduras y hortalizas, además de papa y yuca. La mitad de estos alimentos son productos procesados y enlatados, la mayoría provenientes del exterior. En nuestro país hay todavía una muy débil capacidad de transformación agroindustrial de alimentos, aunque se observan notables avances en embutidos, quesos, yogures, mermeladas, vinos, singanis y cervezas de muy alta calidad.
- 7 El Vivir Bien es una filosofía de vida que proclama la armonía con la naturaleza, el cuidado del medio ambiente, la solidaridad comunitaria y la cooperación mutua, el apego a valores proclamados por los portavoces de los pueblos

avance significativo de la economía de mercado en los últimos años en Bolivia, ese paradigma parece estar –por el contrario– cada vez más lejano de la realidad, aunque no por ello dejaría de ser una aspiración a alcanzar⁸.

1.2 Sostenidos flujos migratorios y desplazamientos espaciales

Como se ha mostrado en el capítulo anterior, desde hace varias décadas hay una sostenida migración campo-ciudad que ha conducido a un estancamiento de la densidad poblacional rural –y en algunos lugares una disminución– y a drásticos cambios poblacionales por regiones y tipos de actividad⁹. Tan acelerado es este proceso en la región alto andina, que los poblados rurales se disputan entre ellos para afiliar más personas a sus comunidades e incluso se prestan niños para registrarlos en las escuelas y compensar (ocultar) así su disminución poblacional para no perder plazas (ítems) del Ministerio de Educación, ni las rentas públicas de asignación local según el número de habitantes, como la coparticipación tributaria per cápita en los municipios. Los líderes comunales son muy conscientes de ello, saben que –en muchos casos– sus comunidades se están debilitando por falta de población activa, estable y productiva. Por eso aumentan multas y castigos para

indígenas originarios, antes que el consumismo materialista resultante del desarrollo capitalista extractivista (*Plan Nacional de Desarrollo: Bolivia Digna, Soberana, Productiva y Democrática para Vivir Bien – Lineamientos Estratégicos*. Obtenido de <http://www.planificacion.gob.bo/sites/folders/documentos/plan.pdf>).

- 8 Urioste (2014, 74) destaca que “los campesinos estarían cada vez más condicionados por un contexto global a producir comida *gourmet* para las poblaciones urbanas acomodadas o ricas y la agroindustria estaría capturando vastos mercados –internos y externos, urbanos y rurales– a los cuales provee crecientes cantidades de materias primas agrícolas y alimentos (...) la tendencia generalizada ahora en el área rural de Bolivia es producir cada vez más mercancías (...) es un nuevo rasgo que caracteriza la agricultura familiar campesina de Bolivia a inicios del siglo XXI”.
- 9 La variable de ajuste para mantener más o menos equilibrada la relación hombre–tierra en las comunidades del altiplano, es la expulsión migratoria (Urioste, Barragán y Colque 2007).

que los residentes paguen cada vez más por su pertenencia a la comunidad ya sea en trabajo, en especies o en dinero. Esta acelerada reducción demográfica rural es paralela a un envejecimiento y feminización de la población del campo, así como induce a una creciente multiactividad y a la práctica de la agricultura a medio tiempo (Colque y Soria Galvarro 2013). Cuando pueden, los campesinos buscan especializarse en cultivos rentables y así va disminuyendo la tradicional diversificación que caracterizó a la economía agropecuaria campesina.

Es cada vez más común la multiresidencia de la población originariamente rural. Aumenta el número de ex campesinos que viven en las ciudades pero mantienen derechos propietarios sobre la tierra y que –mediante el desempeño de cargos– refuerzan relaciones con sus comunidades, son los llamados residentes. Aunque es muy habitual la fragmentación jurídica de los derechos de propiedad de las tierras de las tradicionales unidades productivas, sin embargo, encuentran mecanismos de ajuste para reconstruir tamaños relativamente óptimos de sus predios mediante acuerdos familiares de uso de la tierra a cargo de algún pariente (Urioste, Barragán y Colque 2007). Lo anterior ocurre a pesar de que se han producido algunos cambios como la actualización y fortalecimiento jurídico de los derechos de propiedad privada (familiar) sobre su tierra, mediante el saneamiento de títulos de sus parcelas dentro de las comunidades, además del acceso a servicios que se reflejan, por ejemplo, en notables mejoras en los sistemas de transporte y en la red de caminos interdepartamentales que ha crecido aceleradamente en la última década.

En la región de tierras bajas, especialmente en varias de las provincias que rodean la ciudad de Santa Cruz, los hijos de los pequeños productores de soya y de agricultores familiares rentables, que hace una o dos generaciones migraron de los Andes, ya no viven en el campo. Se han desplazado a la ciudad de Santa Cruz o a poblaciones intermedias vinculadas a la expansión de la frontera agrícola como Mineros, Montero, Warnes o núcleos como San Julián, Yapacaní y Cuatro Cañadas. Dentro del departamento de

Santa Cruz hay un desplazamiento de población rural hacia las ciudades. En estas poblaciones dinámicas muchos pequeños agricultores capitalizados (poseen costosas maquinarias y equipos) están alquilando más tierras de sus vecinos (Castañón 2014)¹⁰.

1.3 Expansión del mercado con efectos diferenciados

El vínculo directo de la economía campesina con el mercado fue efecto de la Reforma Agraria de 1953. Desde entonces, pero especialmente a lo largo de las tres últimas décadas se han consolidado algunas cadenas productivas especializadas relativamente exitosas, en ciertos casos vinculadas a mercados externos, que muchas veces nacieron apoyadas por organizaciones de cooperación desde hace muchos años (ONG y otras). Generalmente la integración de estos emprendimientos es vertical, desde el productor al consumidor, pasando por procesos de siembra, cosecha, acopio, selección, almacenamiento, transformación y venta. También se percibe un aumento en el uso de agroquímicos (fertilizantes y pesticidas) y maquinaria (tractores), aunque dificultada por el fraccionamiento de parcelas y la accidentada topografía. Los productores especializados han constituido Organizaciones Económicas campesinas (OECA), se han convertido en agricultores familiares mercantilizados, rentables y que generan utilidades y acumulan ingresos, aunque en muy distintos grados. La expansión de los servicios de las agencias de micro finanzas (ONG financieras ahora reguladas por el Estado bajo

10 Castañón (2014, 50, 51, 52) revela que “el paso de una agricultura de roza y quema a otra de tipo agroindustrial ha derivado en un acceso a la tierra considerablemente más desigual (entre los campesinos colonizadores interculturales de Cuatro Cañadas). Mientras algunas familias acceden a más de 200 hectáreas, un tercio de la población carece de tierras. Así mismo, el uso del suelo se ha intensificado y homogeneizado pues en la actualidad queda menos del 10 por ciento de monte alto en esas comunidades y cerca del 90 por ciento de los productores campesinos priorizan la soya... (de modo que) la consolidación del agronegocio sojero como modelo productivo hegemónico en la región pone en entredicho la contribución de estos productores campesinos a la soberanía alimentaria del país... y los suelos fértiles de esta región son puestos al servicio de un proceso de acumulación de capital mediado por intereses corporativos foráneos”.

la nueva ley de bancos de 2013) han contribuido significativamente a la expansión de los complejos productivos (Marconi 2014).

Más allá del discurso oficial y popular condenatorio, la cuestión indígena se adapta crecientemente al mercado. La cuestión indígena, entendida como la construcción de nuevas identidades étnicas a partir del acomodo de la práctica de los usos y costumbres ancestrales a la modernidad capitalista, conduce a que la cultura, los valores sociales y la organización territorial local –tan fuertes especialmente en el altiplano aymara– se articule, aunque con dificultades y diferenciaciones, a esta mercantilización y globalización. Lo propio ocurre en los valles de Cochabamba y de Santa Cruz y en el norte amazónico. Si bien lentos y dispares, los cambios ocurridos en tan pocos años son notables en la esfera económica en el mundo rural boliviano, expresados en el despegue de una agricultura familiar especializada, todavía minoritaria, que conduce a una sostenida individualización y mercantilización que no parece estar destruyendo la auto identificación indígena, aunque sí debilitando cierto espíritu comunitarista en muchas colectividades tradicionales¹¹. Hoy los indígenas rurales de altiplano y valles cuando viajan a las ciudades ya no tratan de mimetizarse y de pasar desapercibidos, sino que visten sus mejores galas, polleras, ponchos y mantas, sombreros y símbolos de autoridad, a la par que muestran cierto bienestar recientemente adquirido en una combinación de actividades agropecuarias con empleos y actividades informales, todo en medio de una creciente movilidad geográfica y espacial.

11 Pérez (2014) alerta sin embargo que “los productores interculturales de Rurrenabaque están satisfaciendo con creces las expectativas del Estado boliviano respecto a su contribución a esa dimensión del desarrollo, especialmente a través de la producción no tradicional, que refuerza la disponibilidad nacional de alimentos, pero también mediante sus propias condiciones de seguridad alimentaria, que aporta a la mejora de los índices nacionales”...“sin embargo, se cierne el riesgo de que la compra de alimentos (incluyendo los que pueden ser producidos solventemente en la zona) se convierta en un expediente normal y generalizado del acceso alimentario de los productores interculturales, generando condiciones de vulnerabilidad. Y lo más controversial, que Rurrenabaque se convierta en una zona nominal de productores agrarios”.

Obviamente las comunidades campesinas se adaptan, se transforman, se acomodan a los cambios del contexto mayor y en algunos casos se debilitan y fragmentan. La creciente autoestima étnica indígena, políticamente conquistada mediante su participación corporativa en un gobierno hegemónico, es fruto del proceso de inclusión y de apropiación del Estado–Nación por parte de los pueblos indígenas logrado durante la última década de gestión del presidente Evo Morales (2006–2014).

Muchos pobladores del campo –al especializarse y acumular rentas– se han descampesinado (como clase) pero no se han desindigenizado (como etnia). Al contrario, una parte de los agricultores del altiplano ya no son campesinos en el sentido estricto de la palabra, pero son agricultores de origen indígena que han logrado mayores ingresos mediante su especialización y también por el desempeño simultáneo de otras actividades no agrícolas (Urioste 2013). Seguramente por la inercia pero especialmente por la escasa disposición de los estudiosos e intelectuales para apreciar estos cambios que están a la vista, se los seguirá llamando campesinos (y muchos de ellos seguirán llamándose campesinos), aunque su naturaleza de clase y su vocación productiva, así como sus estilos de vida se hayan transformado. Son indígenas que han dejado de ser pobres y excluidos, muchos son productores de mercancías y tienen rentas y ganancias, y –gracias a sus esfuerzos y a su austeridad– algunos de sus hijos estudian en las universidades y aspiran a formar parte de las clases medias. Viven entre el campo y la ciudad. En todo caso ya no son los campesinos de la Reforma Agraria de 1953¹².

Por otra parte, como efecto de los altos precios de los minerales y metales en la pasada década (2016-2013), una proporción muy alta de campesinos agricultores se convirtieron en trabajadores mineros explotando parajes, yacimientos, vetas o lechos de ríos con contenidos especialmente de oro, plata y polimetálicos, en algunos casos

12 Los yungueños o chapareños ya no se llaman a sí mismos campesinos, sino cocaleros; los productores de quinua se autodefinen como quinueros; los pequeños cultivadores de soya se llaman productores.

dentro de las jurisdicciones de sus propias comunidades o municipios (Fundación TIERRA 2013). En el pasado reciente, los altos precios indujeron a estos campesinos a dedicarse a la minería artesanal, inicialmente en condiciones laborales sumamente precarias, casi siempre con técnicas muy rudimentarias y altamente contaminantes debido al uso indiscriminado del mercurio. Así se fueron consolidando muchas cooperativas mineras, un sector en expansión de nuevas burguesías. Para dedicarse a la minería –mucho más rentable que la agricultura familiar– los campesinos abandonaron sus predios o los dejaron bajo el cuidado de sus esposas o parientes. Directivos de los cooperativistas afirman que más de un 70 por ciento de los más de 100 mil trabajadores afiliados a las cooperativas mineras eran antes campesinos. A fines del año 2014, cayeron los precios de los minerales y las cooperativas comenzaron a quebrar pero es poco probable que los ex campesinos retornen a sus anteriores actividades agrícolas, porque se han acostumbrado a un nivel de ingresos y un ritmo de consumo que la agricultura familiar tradicional no les puede dar. Es incierto el futuro de este tipo de minería como también es incierto el futuro de estos ex campesinos trabajadores mineros.

1.4 Políticas públicas contradictorias

Posiblemente la política pública pro campesina más destacada en la última década ha sido el esfuerzo fiscal para lograr un aumento significativo de la superficie bajo riego. La superficie total bajo riego en Bolivia está cercana de las 330.000 hectáreas, que corresponde más o menos a un 35 por ciento de las superficies sembradas en valles y altiplano. A pesar de que durante la última década se ha avanzado a un promedio de 15.000 hectáreas por año, en general los impactos de los programas de riego en los incrementos productivos todavía son muy bajos; en consecuencia, todavía no se ha logrado el cambio de la matriz de la agricultura a secano, aún persistente en Bolivia (PROAGRO 2010). Los recursos financieros del programa presidencial ‘Mi Agua’ se han destinado mayormente a instalaciones de agua potable (Informe Presidencial 2014). En las comunidades se han priorizado los tinglados, canchas de fútbol y construcción de oficinas para sedes

sindicales. Esta es una notable limitante estructural que impide mayores crecimientos en la productividad y en los rendimientos. Mientras tanto, los países vecinos poseen mejor productividad y rendimientos en casi todos los cultivos porque han desarrollado eficientes sistemas de regadíos mediante significativas inversiones públicas.

El conjunto de políticas públicas pro campesinas: riego, seguro agrario, compras estatales y miles de pequeños proyectos productivos, queda ensombrecido (sino anulado) ante la persistente política macroeconómica anti inflacionaria basada en la libre importación de comestibles, paralela al rígido control de los precios de los alimentos en los mercados internos. Esto desalienta a los productores rurales, especialmente a aquellos que tienen muy pequeños márgenes de ganancia, los hace salir –los desplaza– de la actividad agropecuaria. Con algunas excepciones, esto estaría ocurriendo ininterrumpidamente desde el programa de estabilización monetaria iniciado el año 1985 (DS 21060) hasta nuestros días (2015).

Para contener la inflación monetaria de la canasta básica de alimentos, en el año 2013 se ha subsidiado los precios de venta al consumidor de varios productos de origen agropecuario (azúcar, pollo, leche y pan) a razón de más de cien dólares anuales por cada familia¹³. Se está subsidiando a los consumidores de alimentos pero no se hace lo mismo con los productores agrícolas familiares, por lo menos no en la misma proporción.

La capacidad de respuesta de los productores agropecuarios de base campesina ante incrementos en la demanda de alimentos es muy lenta. Al no haber ocurrido una respuesta desde las economías campesinas para aumentar simultáneamente la oferta de alimentos ante el crecimiento sostenido en la demanda, habría llevado al Estado–Gobierno a triplicar las importaciones de alimentos en una década, de 217,9 millones de dólares el año 2006 a 655,3 millones de dólares el año 2013 (Informe Presidencial 2013). Esas nuevas importaciones y el contrabando de alimentos especialmente de los países

13 *Informe de la Gestión 2013 del Presidente Evo Morales Ayma al pueblo boliviano.*

vecinos –atraídas por el bajo precio del dólar y por la baja productividad agrícola de Bolivia– se suman a las políticas de control de precios que se traduce en un contundente desaliento a los pequeños productores rurales desde hace décadas. Se trataría de un círculo vicioso; para mantener controlada la tasa de inflación el gobierno necesita aumentar la oferta y lo logra mediante las importaciones de alimentos. Los campesinos, para producir más necesitan estímulos de precios. El resultado evidente es una forzada estabilización de precios con estancamiento de la economía campesina simultánea a la contracción del aparato productivo agropecuario familiar. Solo escapan de este círculo vicioso los que logran exportar exitosamente, como los sojeros o quinueros¹⁴.

Una parte importante de los incrementos de las importaciones y del contrabando de alimentos hacia el país acaban siendo consumidos también por los propios campesinos y agricultores familiares. No solo en las ciudades se consumen alimentos importados, también en el campo (sardinias, atunes y carnes enlatadas, mortadelas y fiambres, bebidas y refrescos, fideos y galletas, papas, cebollas y manzanas...entre otros). Los mayores ingresos familiares de los campesinos obtenidos de remesas y bonos, así como de su especialización productiva de mercancías y del multi-empleo, serían principalmente destinados a diversificar su consumo de alimentos, tanto nacionales como importados, así como otros gastos que pueden considerarse suntuarios¹⁵.

14 El caso de los coccaleros merece un análisis aparte, ya que la sostenida demanda de hoja de coca estimula una producción estable, pero no por mayor demanda para el consumo tradicional del acullico, sino para la producción de droga (Urioste 2014).

15 En el valle de Cochabamba son emblemáticas las casas chalets construidas –en medio de las pobres y tradicionales comunidades campesinas– con recursos de las remesas de los familiares que viven en el extranjero. Estas viviendas no son funcionales a la actividad productiva agropecuaria, pero denotan un efecto demostración del consumo suntuario de algunas familias de migrantes que copian estilos de vida de otras latitudes, para mostrar su nuevo estatus. Algo parecido ocurriría con los cada vez más vistosos edificios en El Alto de la ciudad de La Paz.

La evidente mejoría de los ingresos y de las condiciones de vida de los pobladores del campo no es el resultado de sostenidos incrementos en la productividad y en aumentos en la oferta de alimentos de origen campesino, sino fundamentalmente de las remesas, bonos y subsidios transferidos al campo durante los últimos años, así como de otras actividades económicas familiares no agropecuarias. En el campo se observa una disminución de la extrema pobreza y una relativa mejoría en las condiciones de vida: ha mejorado la vivienda, el uso de energía, el acceso al agua potable, a los servicios de educación y de salud y la población, especialmente los niños del campo, está mejor alimentada, pero, en general, la producción de alimentos está estancada.

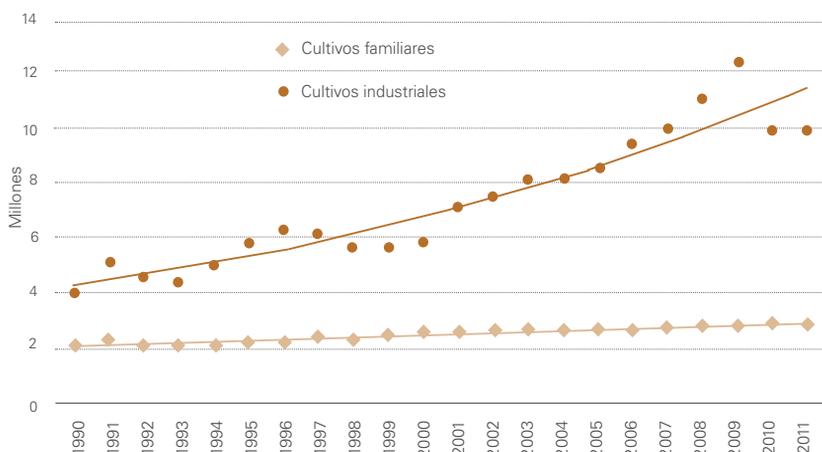
1.5 Crecientes impactos ambientales

A pesar de las profusas declaraciones de respeto a la Madre Tierra y sobre todo de la fuerte campaña internacional del Estado boliviano para abanderarse de la defensa del medio ambiente y el desarrollo sostenible desde los valores autóctonos, son innegables los cada vez mayores impactos causados en el medio ambiente, también por los productores campesinos. En los variados casos de especialización que generalmente conducen al monocultivo (soya, quinua, coca, café, lechería...), se percibe un deterioro (empobrecimiento) de los medios de producción, especialmente de los recursos tierra, bosque y agua, por deforestación, sobre uso, erosión, compactación, uso indiscriminado de maquinaria e insumos químicos de diversa naturaleza. No solo la agroempresa sino también la agricultura campesina afecta su propio medio ambiente, aunque en proporción mucho menor que los grandes propietarios de tierras (FAN 2015). Toda especialización productiva agropecuaria –si no toma los recaudos necesarios– pero especialmente los monocultivos, afectan negativamente el medio natural al reducir drásticamente la diversidad genética. Esos cambios en el paisaje se observan también en Los Yungas, en el altiplano y en los valles donde la agricultura familiar es dominante, y no solamente en los llanos del oriente donde se ha instalado la agricultura en gran escala centrada en las exportaciones de soya transgénica y sus derivados.

1.6 Disminución del aporte de los campesinos a la provisión de alimentos

A primera vista resulta contradictorio que las transformaciones en el agro y las mejorías descritas en párrafos anteriores –algo circunstanciales¹⁶ en los ingresos familiares, en la disminución de los índices de extrema pobreza rural y en general en las condiciones de vida, ocurren de forma paralela a un estancamiento persistente del aporte de la agricultura de base campesina al Producto Interno Bruto (PIB) agropecuario nacional (Gráfico 1).

Gráfico 1
Producción Agrícola TM



Fuente: Elaboración propia con datos del INE y CAO 2013.

16 La continuidad de las transferencias sociales y bonos públicos depende exclusivamente de la persistencia de los altos precios internacionales de las materias primas que Bolivia exporta, especialmente del gas. Por eso, si la súbita declinación del precio del petróleo a inicios del año 2015 se mantiene, significaría que el ciclo de auge económico ha terminado y que a partir del año 2016 y siguientes se tendrán que recortar substancialmente los gastos e inversiones públicas, lo que seguramente llevará consigo grandes contracciones no solo económicas sino incluso turbulencias políticas (Méndez 2015).

Parte de la explicación podría ser que el crecimiento demográfico de la población rural se anula con el aumento de las tasas de migración campo-ciudad y los agricultores familiares que se quedan en el campo obtienen ingresos adicionales mediante la especialización productiva, pero principalmente mediante bonos públicos y remesas familiares y otras actividades productivas urbano-rurales no agrícolas. Los campesinos que persisten en una economía de subsistencia en base a una precaria diversificación productiva en áreas alejadas y con baja dotación de activos y sin acceso al riego, serían los más pobres y tendrían menores niveles de consumo, aunque –en este caso– probablemente su dieta esté basada en alimentos tradicionales, algunos de ellos con mayores cualidades nutritivas (Jaldín 2014)¹⁷.

Son pocos los estudios específicos que miden o cuantifican el valor de las transferencias directas de dinero a los pobres rurales mediante bonos en las últimas dos décadas y los montos de dinero que envían los emigrantes ex campesinos a sus familias mediante remesas desde las ciudades o desde el exterior. Algunos estudios apoyan la idea de que las sumas serían muy significativas¹⁸. Esas remesas y

17 Jaldín (2014, 107, 133) señala que “en Bolivia hay situaciones en las que la agricultura todavía está en manos de productores que cultivan pequeñas extensiones de tierra con prácticas tradicionales, con inserción al mercado, con utilización de recursos limitados, con un bajo o casi nulo nivel de mecanización y orientada a la producción de alimentos principalmente para el hogar y los mercados locales”...“la producción diversificada basada en la agricultura campesina se ha mantenido en Villa Serrano (en los valles de Chuquisaca)... aunque con estructuras y formas cambiantes de expansión de las relaciones de mercado en zonas próximas a los centros urbanos”...“la diversificación de actividades económicas y productivas se evidencia como una estrategia central de estas familias estudiadas” .

18 Silvia Escobar afirma que la masa monetaria de las remesas que envían los trabajadores bolivianos en el extranjero representan el 25% de la masa salarial. Todo un record a nivel latinoamericano que muestra la alta dependencia de estas fuentes de ingreso que son fruto de la sobre explotación de los bolivianos en el exterior y de la falta de empleo de calidad en el país. Los bonos estatales destinados a niños, mujeres y ancianos serían el 1% del PIB mientras que las remesas alcanzarían al 5% del PIB. Según esta investigadora del CEDLA esto debiera ser causa de vergüenza nacional y demuestra la inconsistencia del

los bonos, sumados a los múltiples proyectos del Fondo Indígena¹⁹, además de la creciente cobertura del reciente Seguro Agrario²⁰, estarían también explicando esta relativa mejoría en los ingresos de las familias rurales y en las condiciones de vida en el campo. Todo parece indicar que se trataría de distintas combinaciones del conjunto de los factores anteriormente mencionados en un periodo de extraordinaria bonanza económica nacional durante la última década.

Estos cambios estarían acelerando una creciente mercantilización y especialización productiva de la agricultura campesina e indígena que conduce a la disminución de la importancia numérica del campesinado como una clase social empobrecida y contestataria que demanda nuevas tierras colectivas, que confronta con el Estado y que aspira a un nuevo modelo comunitarista basado en el intercambio y la reciprocidad del Vivir Bien. Al contrario, muchos campesinos que diversificaban sus cultivos, se están transformando y convirtiendo dificultosamente y con mucho esfuerzo en agricultores familiares especializados, más o menos rentables y organizados en gremios y corporaciones (OECA), que demandan la certificación de la propiedad privada de sus tierras y su reconocimiento como actores económicos protagónicos. Los campesinos e indígenas tradicionales

modelo de desarrollo que se aplica sin cambios en el país desde hace muchos años. Sería muy útil un análisis desagregado de esta información, por áreas rurales y urbanas y por tipo de unidades productivas (apuntes del Taller “Análisis contextual para una agenda post 2015 en Bolivia” UNITAS, octubre 2014).

- 19 El 12 de febrero del 2015 la Contraloría General del Estado evidenció daño económico al Estado mayor a 71 millones de bolivianos (10 millones de dólares) en el Fondo de Desarrollo para los Pueblos Indígenas Originarias y Comunidades Campesinas (FDPPIOYCC) por “irregularidades” en 153 proyectos aprobados en la gestión 2010–2011.
- 20 Durante el transcurso del año 2014 el Instituto Nacional del Seguro Agrario (INSA) indemnizó a 22.000 productores agrícolas por más de 18 millones de bolivianos. Ese mismo período dio cobertura de seguro contra riesgos climáticos a 4.627 comunidades por una superficie de 175.815 hectáreas, de las cuales más de 19 mil se perdieron por siniestros (*Audiencia final de Rendición de cuentas*. Obtenido de <http://www.insa.gob.bo/index.php/prensa-menu/197-el-insa-realizo-su-rendicion-de-cuentas-de-la-gestion-2014>)

consagrados (atrapados) a la subsistencia mediante el trabajo comunitario en tierras de propiedad colectiva y al autoconsumo de cultivos diversificados serían cada vez menos, pero serían además los más pobres.

En general los campesinos, pero especialmente los de subsistencia están débilmente cohesionados como fuerza social organizada y sus instituciones de representación (CSUTCB, Interculturales, CI-DOB, CONAMAQ, CNMCIOB-BS) ya no están tan cohesionadas y homogéneas como antes. Otros gremios, los cooperativistas mineros, transportistas, los agricultores familiares quineros, sojeros y cocalleros, tienen más poder social, económico y político que los campesinos o indígenas productores diversificados de alimentos. La creciente representación parlamentaria de estos gremios de productores especializados, así como las ventajas económicas obtenidas para su sector en sus demandas ante el Estado durante la última década, sería una muestra de ello.

En este contexto –favorecido por el alto precio del gas de petróleo y de los minerales que generó durante una década muy elevadas rentas para el Estado y las consecuentes políticas redistributivas– los campesinos e indígenas se interpelan ante una compleja disyuntiva: invertir esos ingresos adicionales circunstanciales en sus predios para garantizar mejores condiciones productivas agropecuarias de manera sostenible en el tiempo o buscar opciones de empleos más rentables fuera del campo. Pareciera que una mayoría está optando por aprovechar al máximo esta oportunidad para intentar dejar de ser agricultores marginales e incorporarse a la creciente urbanización, mercantilización y, en definitiva, al capitalismo y rentismo imperantes en el país. Esto tendría como consecuencia que muchos campesinos y agricultores familiares dejan de trabajar la tierra y esa tarea estaría cada vez más en manos de las empresas de las tierras bajas y de los agricultores familiares especializados que han hecho de la producción de alimentos y materias primas agropecuarias un negocio más o menos rentable, aunque muy riesgoso e incierto.

La idea de que la economía campesina y los agricultores familiares ya no son los principales proveedores de alimentos para la población boliviana es apoyada por otros estudios (Ormachea 2009, Pérez 2008, Prudencio 2009 y 2014). La paradoja es que el rol de proveedor de alimentos está cada vez más en la empresa agroindustrial del oriente boliviano, gracias a persistentes políticas públicas de subsidios, exenciones impositivas, un contexto macroeconómico favorable, su articulación con la agro–empresa transnacional y a su propia capacidad de emprendimiento.

Estos recientes cambios hacen necesario trabajar en una tipología actualizada de agricultores familiares que ayudaría a diseñar políticas públicas diferenciadas y específicas para cada uno de estos tipos de unidades de producción familiar campesina. No todos los agricultores familiares tienen las mismas oportunidades, ni las capacidades, ni el acceso a recursos de tierra y agua, para aumentar sus rendimientos, mejorar su desempeño productivo, sus ingresos y su alimentación y nutrición. Además, no todos los campesinos pueden ni quieren seguir siéndolo eternamente.

2. Tipología de agricultores familiares: ideas preliminares

Las siguientes reflexiones tienen el propósito de animar un debate sobre una actualizada comprensión de los efectos de la diferenciación interna entre distintos tipos de campesinos según su grado de inserción al mercado tanto nacional como global, así como de su condición económica. Encontramos que –para ayudar al diseño de políticas públicas específicas– la siguiente caracterización en tres tipos sería útil.

2.1 Los pequeños productores de *commodities* subordinados al agronegocio

Los pequeños productores de soya son quienes producen *commodities* agrícolas, es decir materias primas agropecuarias que –cumpliendo estándares de calidad y sanidad internacionalmente acordados– son transadas en el mercado mundial globalizado independientemente de su origen o nacionalidad. Sus precios se

cotizan en las bolsas internacionales y su comercio se pacta mediante sofisticados procedimientos. Pertenecen a esta categoría principalmente los cultivos de granos o cereales como el trigo, la soya, el girasol, el maíz, el arroz, y más recientemente la chíá. Desde hace un par de décadas Bolivia exporta crecientes cantidades de granos de soya y derivados. Una pequeña parte de esta soya es producida por unos 12 mil agricultores familiares de origen campesino en el departamento de Santa Cruz.

En las tres últimas décadas hemos observado cómo importantes sectores de campesinos, en ciertos enclaves territoriales, llegan a convertirse en productores de *commodities*. Conglomerados sociales que originariamente eran campesinos-indígenas quechuas o aymaras (colonizadores migrantes al área rural de Santa Cruz) se han transformado de productores de alimentos diversificados para la subsistencia y el mercado nacional en productores de *commodities* para el mercado globalizado. Su transformación de campesino diversificado a agricultor está determinada por fuerzas de mercado que los inducen—atraen a esos cambios. El papel que juegan las políticas públicas nacionales en esa conversión es determinante. Pero también la importancia de las condiciones generadas por la crisis del capitalismo y las grandes transnacionales del agro negocio en un contexto mundial de alza de los precios de las materias primas de origen agropecuario (2008-2014). Durante ese tránsito, han ocurrido transmutaciones en las formas de organización social de estos ex campesinos, en sus formas de acceso a la tierra, al capital, la mano de obra, la ciencia y la tecnología, los conocimientos y sus aspiraciones de modernidad.

Para que estos campesinos se conviertan en productores de *commodities* han ocurrido cambios en su entorno, en sus costumbres, en sus valores y en sus comportamientos. Ahora ocupan un lugar—aunque marginal y subordinado— en la cadena o en el clúster de la soya. Por eso este tipo de productores que dejaron de ser campesinos tradicionales desde el momento en que la tasa de ganancia aumentó significativamente, también dejaron sus formas de organización, de producción, y en general de su comportamiento social y económico. Sin

embargo, dado su origen indígena, son agricultores familiares que mantienen formas híbridas de organización sociopolítica que conviven tensamente entre la organización tradicional del *ayllu*, el sindicalismo agrario y el de su corporación empresarial (Confederación Agropecuaria de Pequeños Productores del Oriente, CAPPO).

En el contexto descrito, para muchos campesinos la consolidación de las relaciones mercantiles en el campo devienen una meta a alcanzar, y determinados conglomerados sociales de campesinos –dadas ciertas condiciones que describiremos a continuación– lograron aferrarse a nichos–momentos–oportunidades mediante la especialización productiva para poder generar rentas extraordinarias y acumular capital, aunque no necesariamente de manera sostenible. Ciertamente no es una opción posible para todos los campesinos, sino para quienes reúnen ciertas condiciones materiales y asumen el riesgo de depender plenamente del mercado y de sus fluctuaciones a cambio de la posibilidad de rápida acumulación de ganancias que sobrepasan con creces los bajos ingresos de la agricultura tradicional diversificada, salvo excepciones de algunos productores agroecológicos. Como todo proceso de generación de excedentes y de acumulación, esta *commodificación* de la agricultura campesina generará mayores rentas en algunos sectores y menores en otros, provocando diferenciaciones entre el campesinado –muchas veces conflictos y exclusiones– que tendrá efectos perversos en las relaciones de reciprocidad y de organización dentro de sus comunidades, colonias o poblados (Castañón 2014).

Si bien –generalmente– no son los campesinos los que han generado las condiciones para que estas oportunidades se presenten, son ellos los que las aprovechan en base a su esfuerzo y a sus capacidades de adaptación (condiciones objetivas y subjetivas). En el caso de los cultivadores de soya el elemento central que determina cambios en su conducta productiva es el precio en el mercado globalizado de las *commodities* de origen agrícola que ellos producen, y de sus posibilidades de acceder al mismo²¹.

21 Somos conscientes del enfoque ecléctico en nuestro análisis, precisamente

Como todo agente económico, campesino o no campesino, urbano o rural, endógeno o globalizado, indígena o no indígena, en un contexto de predominio de las relaciones mercantiles, una vez que los productores de *commodities* entran en relaciones de intercambio monetario no pueden salir fácilmente; su conducta económica estará determinada por un intento de maximizar sus ganancias con los menores esfuerzos productivos, aún a pesar de afectar–deteriorar el medio ambiente del que dependen para generar sus excedentes. Posiblemente, si los precios internacionales se derrumbaran, ya no podrían volver a reproducir las condiciones anteriores de sus estrategias de vida basadas en la diversificación productiva, sino que estarían obligados a vender su fuerza de trabajo a las empresas o a ser expulsados del área rural para engrosar las filas, no de los proletarios urbanos sino de los amplios sectores del autoempleo precario e informal urbano–rural.

Pero no se trata solamente de que los campesinos más aptos aprovechen esas oportunidades sino que desde los escritorios de las grandes compañías transnacionales que planifican la expansión planetaria del agronegocio de *flex crops*, se les asigna a los campesinos y agricultores familiares nuevos espacios y roles (residuales) para su inclusión como parte subordinada, pero parte al fin, de la cadena: es la agricultura por contrato. Esto les permite tener ingresos y utilidades significativamente mayores que las que tenían antes. Los pequeños agricultores (ex campesinos) que se incorporaron a las cadenas del agronegocio, lo hacen porque –al final– salen ganando, por lo menos en el corto plazo. Si no, no lo harían. Pero al hacerlo, al menos un sector de estos actores, se descampesiniza, cambia su naturaleza de clase y transforma su comportamiento socioeconómico y político, su identidad y valores hasta entonces constituidos en diferentes etapas civilizatorias y circunstancias recientes (relaciones feudales en el inicio de la república, Reforma Agraria de 1953, Participación Popular de 1994, Proceso de Cambio durante el gobierno de Evo Morales de la última década 2006–2014).

porque creemos que una sola aproximación académica es incapaz de explicar la complejidad de los cambios ocurridos.

Eso está ocurriendo justamente ahora con muchos pequeños productores familiares de soya. No controlan ni siquiera una parte marginal del agronegocio, pero se benefician de una porción accesorio que –dados sus muy bajos anteriores ingresos–, significan mejoras sustantivas en sus condiciones de vida y así amplían notablemente las posibilidades de inclusión de sus hijos a sistemas educativos urbanos, lo que –según ellos mismos manifiestan– les permitirá salir de la pobreza estructural que persiste en el campo.

Por lo menos, esa es su apuesta y por eso han asumido tantos riesgos y han quemado sus naves y no tienen vuelta atrás. Al contrario, como no tienen certeza de los términos de su permanencia dentro del marco del agronegocio, intensifican el uso de casi todos sus factores productivos, incluso dañando los nutrientes de sus suelos para obtener la mayor tasa de ganancia en el menor tiempo posible. En muchos casos deforestando sin control e incluso forzando los ciclos agrícolas con la utilización de semillas transgénicas, sobredosis de fertilizantes y herbicidas químicos, eliminación de rotación de cultivos y prácticas de descanso de los suelos, utilización inadecuada de maquinaria y abandono de abonos naturales (Fundación TIERRA 2013).

Dadas la debilidad del Estado y las fuertes tradiciones de autogobierno local comunal, los productores familiares de *commodities* combinan estructuras sindicales de organización –para acceder a servicios públicos y controlar la calidad de las prestaciones de educación, salud, seguridad ciudadana– con estructuras funcionales corporativas de carácter gremial: asociaciones de productores de soya que giran en torno a cómo lograr el mejor acceso a los mercados de bienes y de insumos para la producción y comercialización de sus mercancías, así como también se constituyen en entidades de presión a las empresas acopiadoras, proveedoras de insumos, comercializadoras y financiadoras, para obtener las mejores condiciones posibles de acceso a sus bienes y servicios. Sabemos que el sindicato es más una forma de autogobierno local para asuntos sociales, políticos y reivindicativos ante el Estado, mientras que las asociaciones de productores tienen fines casi exclusivamente

orientados a lograr mayores niveles de eficiencia, rentabilidad e ingresos. Ambas formas coexisten aunque muchas veces compiten y se superponen.

Aquellos productores de origen campesino que han logrado insertarse exitosamente en la producción de *commodities*, argumentan que algunos de sus vecinos –miembros de sus colonias o comunidades– no han tenido éxito porque no han sabido gestionar su negocio, no se han esforzado lo suficiente, no han tenido visión de negocio, han despilfarrado sus ingresos y no los han reinvertido. Estos agricultores familiares exitosos están orgullosos de ser parte del agronegocio, aunque no lo admitan explícitamente. Saben que sus ganancias están muy por debajo de las empresas grandes y medianas pero, a su vez, sus ingresos están arriba de la media de la de otros campesinos y eso justifica su esfuerzo y producción para el mercado.

2.2 Los pequeños productores orientados preferentemente al mercado interno.

Se trata de productores agropecuarios de origen campesino indígena, que habitualmente viven en comunidades o poblados rurales pero también en ciudades intermedias que mediante la participación en el mercado interno y su especialización han logrado ciertos márgenes de ganancia, renta y acumulación. Estos pequeños productores de alimentos o agricultores familiares (quineros, lecheros, ganaderos, horticultores, fruticultores, floricultores) están presentes en toda la geografía nacional, especialmente allí donde existe suficiente y adecuada dotación de factores productivos: tierra, agua y acceso a caminos y demás servicios. A esta categoría también pertenecerían los productores de hoja de coca de Los Yungas y del Chapare, con sus respectivas organizaciones sindicales y productivas y de comercialización, aunque en este caso la rentabilidad del cultivo de la hoja de la coca está directamente relacionada con la estabilidad de la demanda de cocaína en el mercado globalizado. Todos producen exclusivamente para el mercado, especialmente interno, con excepción de la quinua y

de la hoja de coca transformada en droga, que se exportan. La actividad productiva agropecuaria es central y determinante en sus ingresos familiares. Son agricultores a tiempo completo.

Lo que determina la consolidación de este tipo de productores es que ofrecen productos en cantidad y calidad que satisfacen la demanda de los consumidores y consigue competir con los productos importados de países vecinos.

Desde hace más de dos décadas muchos de los pequeños productores de alimentos se han venido organizando y han constituido una vasta red de Organizaciones Económicas Campesinas (OECA)²². Están dispersos por casi todo el país estructurados en torno a cadenas, complejos productivos o nichos de competitividad local. La mayoría de las OECA están restringidas al mercado nacional, pero otras –seguramente las más exitosas en términos del volumen de sus negocios y en su naturaleza ecológica– colocan sus productos en mercados externos buscando insertarse en relaciones de precios y de mercados justos. Se trata por lo general de productores de quinua, cacao, café, algunas frutas (bananos, uvas...), productores de leche, de camélidos y ganado vacuno, o productos recolectados como la castaña y el asaí. En general sus predios están ubicados en lugares que tienen acceso carretero (o fluvial) más o menos permanente y sus emprendimientos son el resultado de largos procesos de maduración –generalmente décadas– desde etapas muy incipientes con técnicas precarias hasta lograr niveles de especialización productiva que requiere del conocimiento de tecnologías más adecuadas y modernas: semillas mejoradas, sistemas de riego más o menos sofisticados, maquinaria e implementos agrícolas, ensacadoras, procesadoras primarias, fertilización natural o química, y en algunos casos son especialistas en producción agroecológica.

22 Las memorias e informes de estas agrupaciones informan que en Bolivia existirían cerca de 112 mil familias de agricultores familiares registrados en 942 OECAS, asociados en redes por productos. Uno de sus principales reclamos es que necesitan ser excluidos del régimen impositivo universal argumentando que sus ganancias son muy bajas (CIOEC 2013).

Casi la totalidad de su producción son alimentos de consumo humano y está orientada al mercado especialmente urbano nacional y para ello han constituido redes familiares ampliadas de productores, acopiadores y comercializadores. Luego de largos años de cabildeo han logrado ser incorporados como sujetos de algunas políticas públicas proactivas²³ y son sujetos preferentes de créditos que obtienen de múltiples instituciones privadas y públicas especializadas en prestar servicios de apoyo financiero a los pequeños productores rurales, aunque pagan tasas de interés mucho mayores que las de los grandes productores.

Estos productores familiares de origen campesino son también típicos pequeños productores capitalistas que sobreponen sus intereses de origen étnico o de clase campesina, a la de productores mercantiles exitosos basados en su esfuerzo y trabajo generalmente de tipo familiar, aunque muchas veces también contratan jornaleros según las temporadas o promueven especies de cooperativas. No producen *commodities* para el mercado exterior, pero si mercancías para el mercado interno o productos *gourmet* para consumidores de altos niveles de ingresos. Por eso muchas veces sus organizaciones matrices corporativas de representación compiten con la clásica y tradicional organización sindical tan común en el campo desde los años 1950 del siglo pasado.

Los emprendimientos de estos pequeños productores familiares, sus predios y talleres artesanales, están generalmente ubicados dentro de territorios más o menos dinámicos, en los que también hay otras actividades y servicios rurales como el altiplano norte en el departamento de La Paz, o los valles meso térmicos en Santa Cruz, o el valle bajo en Cochabamba, o algunos enclaves en el norte amazónico, o en los valles de Tarija, o en Los Yungas y el Chapare. En estas regiones o territorios locales hay servicios financieros (bancos), de comunicación y muchas veces internet, talleres mecánicos, restaurantes y bares, tiendas de proveedoras de insumos, transportistas y rescatadores, mercados de alimentos, escuelas y hospitales o centros de salud y poblados relativamente prósperos.

23 Ley N° 144 de la Revolución Productiva Comunitaria Agropecuaria.

En algunos casos todos estos servicios se han ido constituyendo en los territorios locales justamente como resultado de los iniciales emprendimientos de estos pequeños productores de origen campesino. Han sido los pioneros del desarrollo local.

Al igual que los productores de *commodities* (soya) los productores mercantiles (coca, quinua, leche, cacao...) ya sea para el mercado interno o externo, también han optado por la especialización según ventajas comparativas y competitivas y –dado que no producen sus propios alimentos– deben comprarlos en el mercado (Urioste 2014). Son productores de alimentos–mercancías especializados que trabajan a tiempo completo en la agricultura–ganadería–recolección y que venden sus productos para generar ingresos y –entre otras cosas– comprar sus alimentos. Son consumidores netos de alimentos producidos por la agroindustria del oriente: azúcar, arroz, aceite, harinas, cereales, fideos, refrescos, pollos.

Estos campesinos familiares exitosos están bien organizados, tienen representación social y política. En algunos casos logran donaciones, subsidios, financiamientos especiales, seguros agrícolas, apoyo y asistencia estatal, gracias a su representación gremial-corporativa.

2.3 Los productores de subsistencia

Posiblemente este estrato o tipo de campesinado –a diferencia de los países vecinos– en Bolivia es todavía el más numeroso, pero también es el más pobre y postergado. Como hemos visto en el capítulo anterior, los índices de extrema pobreza y desnutrición de Bolivia se concentran en esta población que por lo general vive en comunidades tradicionales regidas mayormente por usos y costumbres. Este grupo poblacional está ubicado en las áreas más lejanas y aisladas de la región alto andina en tierras de occidente, y sus predios han quedado reducidos a minifundios fragmentados por efecto del sostenido crecimiento poblacional, que encuentra en la expulsión migratoria un camino para más o menos equilibrar la relación hombre–tierra, recursos humanos y recursos naturales.

Este sector (tipo) de campesinos minifundistas sin acceso a sistemas de riego, ubicado en zonas alejadas de las ciudades y con pocas vías de comunicación, en regiones de altas montañas con muy pocas tierras con algún potencial marginal para la agricultura o la ganadería, es el principal expulsor de migraciones del campo a las ciudades y al extranjero.

Aunque las informaciones censales son contradictorias, el reciente censo de población y vivienda establece que la población rural de Bolivia habría aumentado en 300 mil personas entre los dos censos de 1991 y 2012 (INE 2012). En términos generales se podría afirmar que, en las últimas tres décadas, la población rural está estancada en unos tres millones de habitantes, mientras la población urbana crece aceleradamente. En el año 2012 la población rural representa el 35 por ciento de la población total del país²⁴.

Es necesario un estudio en profundidad de los datos de los dos nuevos censos (de población y agropecuario) para confirmar si efectivamente esta población –en base al lento crecimiento vegetativo y las elevadas tasas de migración– se ha estancado en las últimas décadas. Todo parece indicar que –dada la precariedad de las condiciones de vida y de producción– estas familias de campesinos de subsistencia se ven obligadas u optan voluntariamente por el multitempleo y la multiresidencia. Muchos ya no pueden seguir siendo agricultores a tiempo completo porque –dado el deterioro de su base material– con solo unas pequeñas parcelas a secano, su producción agropecuaria es insuficiente y ante tan altos riesgos climáticos no logran alimentarse adecuadamente. No logran ser autosuficientes. Aunque quisieran no pueden ejercer su derecho a la soberanía alimentaria. Además, la aspiración de educar a sus hijos fuera del área rural, en los institutos y universidades de las ciudades, les obliga a generar ingresos monetarios adicionales de otras fuentes como el trabajo temporal de jornaleros, ayudantes de albañil, artesanos,

24 El Censo de Población y Vivienda de 2012 estableció que Bolivia tiene un poco más de 10 millones de habitantes de los cuales el 35 por ciento vive en poblados menores de 2 mil habitantes.

comerciantes, transportistas, empleados públicos en las alcaldías, contratistas de obras, el contrabando y otras actividades, además de la precaria agricultura a secano. Esta es una característica de la nueva ruralidad no solo de Bolivia sino de América Latina.

Estos campesinos, generalmente pobres, tienen sus formas tradicionales de organización y representación en *ayllus*, comunidades y sindicatos. Tienen sus *mallkus*, *curacas*, secretarios generales y capitanes, pero son muy débiles sus relaciones con los órganos de decisión del Estado. Aún en esta última década de proceso de cambio con privilegiada representación indígena, estos campesinos empobrecidos en realidad continúan excluidos del poder, que ha sido apropiado por los gremios exitosos (cooperativistas mineros, cocaleros, transportistas, quineros, entre otros). Muchas de las políticas públicas no les llegan y sus escasos productos tienen bajos rendimientos y no logran venderse a precios que generen algunas rentas o incipientes utilidades. Dada una muy escasa dotación de tierras poco productivas, sin riego, ni caminos que los conecten a centros mayores, casi aislados del mundo, están atrapados en su pobreza y no pueden salir de su precariedad, a pesar de sus notables y esforzadas estrategias de sobrevivencia.

En realidad –después de medio siglo de tensiones de sus formas de organización y producción comunitarias en un contexto de relaciones dominantes de producción capitalista– a nuestro juicio no parece que persista alguna forma o modo de producción pre colonial de raíz étnica indígena que encarne un modelo de diversificación productiva que genere condiciones óptimas para Vivir Bien²⁵. En otras palabras, la mayoría de los campesinos tradicionales de Bolivia no viven bien, viven en condiciones de extrema pobreza, desnutrición crónica, alta mortandad infantil y sus esfuerzos para vivir mejor son sobrehumanos, pero la mayoría de las veces resultan frustradas. Con solo un pedazo de tierra erosionada y fragmentada a grandes

25 Desde el inicio de esta gestión de gobierno (2006) predomina un discurso neo ambientalista de base indigenista de respeto a la Madre Tierra y la propuesta de un modelo que no busque la acumulación capitalista sino el Vivir Bien.

altitudes en las que las heladas y sequías e inundaciones son cada vez más frecuentes, no consiguen escapar de la extrema pobreza. En muchos casos su única opción es la emigración ya sea temporal o definitiva. Sus comunidades no forman parte de territorios dinámicos, sino de áreas o regiones muy postergadas y alejadas del resto.

Pero al mismo tiempo, muchos de sus familiares ya no son campesinos, sino residentes, viven en algunas de las ciudades o en poblados urbanos menores. Por eso, la multiresidencia es ahora una característica que hace difícil determinar con precisión cual población es urbana y cual es rural o cual es ambas cosas al mismo tiempo.

Situación similar viven los indígenas de tierras bajas que cada vez acuden en menor medida a la caza, pesca y recolección para alimentarse cotidianamente. Al contrario, muchos de los indígenas que ahora tienen títulos de propiedad de sus territorios, no viven en ellos, sino en los márgenes de los mismos cerca de los poblados y capitales de provincia. Muchos indígenas de las tierras bajas se ven obligados a vender su fuerza de trabajo como peones asalariados a las empresas madereras –o a alquilar parte de sus territorios a estas empresas–, constructoras de carreteras, y a las empresas petroleras y mineras que explotan recursos en las proximidades o dentro de sus mismos territorios. De igual forma que en el caso de los campesinos diversificados pero empobrecidos, la principal motivación de los jefes de familia indígenas es lograr educar a sus hijos para que puedan dejar el campo o el bosque con opciones de empleo en las ciudades, para que sus hijos no sufran como ellos (Eyzaguirre 2014).

La conquista de la titulación de los territorios indígenas (Ley INRA 1996, y Ley de la Reconducción Comunitaria de la Reforma Agraria 2006) no ha sido acompañada de políticas públicas para apoyar una adecuada gestión de esos territorios y un uso sostenible de sus recursos naturales. Igual que los campesinos de altiplano y valles después de la Reforma Agraria de 1953, los indígenas que recuperaron sus territorios ancestrales han sido ahora abandonados a su suerte. No existen suficientes incentivos, estímulos y po-

líticas públicas que refuercen sus capacidades para que ellos produzcan sus alimentos tradicionales y satisfagan sus necesidades nutricionales. Como ya lo señalamos, nuestros estudios muestran que muchos indígenas de Bolivia –igual que una gran parte de los campesinos– consumen habitualmente alimentos producidos por la agroindustria y para poder comprarlos, tiene que vender su fuerza de trabajo (Eyzaguirre 2014).

3. Necesidad de políticas diferenciadas

No estamos haciendo referencia a la necesidad de políticas diferenciadas entre la agro empresa por un lado y los campesinos por el otro. La existencia de varios tipos de pequeños agricultores sugiere que dentro del estrato “campesino indígena” se apliquen políticas públicas específicas y diferenciadas de desarrollo sostenibles para cada tipo de campesinado o de agricultor familiar. Sus necesidades son distintas y las políticas para estimular su desarrollo deben ser también diferentes. Las necesidades de un pequeño productor de soya no son las mismas que las de un productor de quinua, o de leche, como tampoco son las de los productores de subsistencia.

3.1 Para los productores de *commodities*

Sugerimos establecer regulaciones estatales específicas para controlar la expansión indiscriminada de cultivos de materias primas agrícolas para la exportación, de modo que la expansión de la frontera agrícola para las *commodities* no dañe al medio ambiente, no destruya los bosques y no postergue la seguridad alimentaria con soberanía. Es tarea del Estado promover la agricultura familiar especializada (o diversificada) con criterios ambientales y agroecológicos sostenibles. Será necesario aplicar controles sociales y regulaciones que atenúen la diferenciación interna y los impactos ambientales. También será necesario que el Estado garantice que el actual rol subordinado de los pequeños productores de soya no se convierta progresivamente en una forma de despojo de la tierra y de la renta por parte de los grandes emprendimientos.

3.2 Para los agricultores familiares especializados

Los agricultores especializados necesitan estímulos financieros, exenciones tributarias, compras públicas a precios justos, pero también políticas orientadas a la sostenibilidad ambiental de su base material de recursos naturales y a la construcción de modelos agroecológicos que prioricen variedades de cultivos nativos de alto valor. Estos productores especializados tienen que prestar especial atención a la conservación de su medio ambiente, su entorno productivo y la capacidad de sus suelos y agua. Particularmente necesaria es una política que por lo menos atenúe los efectos perversos de la política macroeconómica antiinflacionaria, de manera que los productores familiares tengan estímulos de mercado, de precios, de mercados seguros. Las experiencias de compras estatales de alimentos a los agricultores familiares están en Bolivia notablemente rezagadas en comparación a los avances que se han logrado en países como Brasil (programa hambre cero), Colombia, Ecuador o Perú. Un requisito para ello, es realizar un censo de todas las unidades de producción familiar que registre el nombre de cada productor(a) y determine específicamente sus principales actividades productivas, sus derechos propietarios, su residencia principal y una aproximación de sus ingresos familiares. Con ese censo de UPA se podrá armar un registro biométrico completo y construir matrices según tipos, regiones, productos, especialidades y necesidades que permitan planificar acciones de apoyo específicas para cada estrato²⁶.

3.3 Para los campesinos de subsistencia y pueblos indígenas

En el caso de las comunidades campesinas tradicionales de valles, altiplano y llanos (pueblos indígenas), las políticas públicas no solamente

²⁶ El exitoso registro biométrico de los productores de hoja de coca del Chapare en Cochabamba, impulsado por la actual gestión gubernamental, es una herramienta muy útil no solo para controlar y frenar la expansión de un cato de coca por familia, sino para la planificación de un conjunto de actividades productivas, para el desarrollo alternativo y la diversificación productiva y económica de las familias y la región. Este registro biométrico debería expandirse a todo el país rural.

deberían estar orientadas a ofrecer más y mejores servicios en salud, educación y bonos sociales focalizados en niños, madres y ancianos, sino que el foco de atención debería estar centrado en lograr mayor inversión pública para cambiar las condiciones económico productivas en sus territorios locales, especialmente mediante la implementación de sistemas de riego, caminos y acceso a fuentes de energía (electricidad y gas). Mientras no cambie la base material de sus condiciones productivas (riego, caminos, energía, conocimientos), será muy difícil que puedan escapar a la extrema pobreza y desnutrición crónica. Mayores inversiones en el agro necesitan de una priorización del gasto público por encima de las obras políticamente visibles (edificios municipales, canchas de fútbol, tinglados, tractores). Son más necesarias las inversiones mancomunadas (gobiernos central, departamental y local), en infraestructura productiva con perspectivas ciertas de convertir la agricultura campesina e indígena en una agricultura bajo riego y con caminos de tránsito permanente.

El Estado no puede olvidar su responsabilidad institucional al haber titulado casi 32 millones de hectáreas de territorios en favor de pueblos indígenas a los cuales la CPE les otorga el derecho de gestión de sus recursos naturales y de autogobierno. Los territorios indígenas son una nueva entidad política administrativa del Estado Plurinacional de Bolivia y gozan de una autonomía que, sin embargo, no se les permite ejercer. Por ello deberían contar con suficiente presupuesto público para realizar inversión local en infraestructura productiva y capacitación popular indígena en gestión territorial, bajo principios de respeto a la libre determinación y autogobierno, y a la consulta previa, libre e informada, en casos de inversiones públicas susceptibles de afectar los territorios indígenas.